CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA.

LA RED DE FLORES.

Martínez

PRECIO: 4 RS.



MADRID.—1861.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.



LA RED DE FLORES.

LA RED DE FLORES,

ZARZUELA EN UN ACTO.

ORIGINAL DE

DON FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

MÚSICA DEL MAESTRO

D. MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

Representada con aplauso, por primera vez, en el Teatro de la Zarzuela, el dia 3 de Abril de 1861.



MADRID.—1861.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

calle de S. Vicente Alta, núm. 52.

Á LOS SEÑORES

D. MANUEL DIANA y D. EUGENIO SANCHEZ FUENTES.

Fuisteis los primeros en augurarme un buen éxito para esta modesta obra, el cual, por fortuna, se ha realizado.

Justo es que os la dedique, en recuerdo de la antigua y leal amistad que nos une.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

PERSONAS.	ACTORES.
LA CONDESA DEL SURCO.—Carácter frívolo, excéntrico, vivo.—Buen tono.	DOÑA JOSEFA MORA.
GERVASIA, Disfrazada de page.—Carácter resuelto, mucha intrepidez.	DOÑA ANA RODRIGUEZ.
LAURA.—Vivaracha, curiosa. . .	DOÑA DOLORES FERNANDEZ.
EL BARON.—Franco, expresivo. Maneras distinguidas. Galanteador	DON TIRSO OBREGON.
QUINCOZES.—Desenvuelto, malicioso, grotesco.	DON VICENTE CALTAÑAZOR.

COROS DE CABALLEROS Y ALDEANOS.

Últimos años del reinado de Felipe V.

ACTO ÚNICO.

Sala de una quinta, adornada con riqueza. Espejo, cornucopias, un velador con libros, cartas y papeles. Puerta espaciosa en el centro. Dos á la derecha. Un balcon ó mirador á la izquierda, en cuyo fondo se descubre el bosque. Al levantarse el telon empieza el coro interior de los aldeanos, labradores y labradoras, que van á sus faenas.

ESCENA PRIMERA.

LAURA.—Despues la CONDESA.

CORO.

Ya el campo nos muestra
su alegre verdor,
y doran las mieses
los rayos del sol.
Las gasas flotantes
de nubes errantes
rasgándose van,
y el límpio horizonte
nos brinda la paz.
Andad.
Andad.

Ya el plácido otero,
sus galas vistió,
y encantan al valle
el ave y la flor.
El campo florece
y próvido ofrece
trabajo y solaz;
las auras de otoño
estiéndense ya.
Andad.
Andad.

LAURA. (Saliendo de la derecha, y dirigiéndose al mirador.)

Hermoso dia! Desde este mirador se descubre un Paraiso... Ya descienden al valle los labriegos: van á trabajar... eso es... las mujeres delante! qué flojos son los hombres! Pero mi señora la Condesa estará ya peinada; voy á darla conversacion. Con ella gasto muchas palabras y mucho buen humor. (Va á dirigirse á la puerta de la derecha y aparece la Condesa.)

CONDESA.

Hé aquí una mujer que hace dos horas que se ha levantado y lleva cincuenta y cinco minutos de aburrimiento.

LAURA.

Señora, aburrirse es propio de los tontos, y vos no lo sois.

CONDESA.

Eso creia yo antes; pero ahora me voy convenciendo de que no tengo ni chispa de talento.

LAURA.

Sois muy cruel con vos misma.

CONDESA.

Vamos, no seas impertinente! ¿Me vas á querer persuadir de que yo no soy un ente vulgar? pues no te creeré; y si no, vamos á ver: ¿qué he hecho yo en mi vida que no sea monótono y rutinario? Tuve novios; primera tontería. Me casé con el último; segunda tontería. Los moros de Orán me dejaron viuda; tercera tontería...

LAURA.

Pero esa tontería no fué vuestra, sino de los moros.

CONDESA.

Convengo. Pero ¿y la de permanecer todavía viuda, es de los moros ó mia?

LAURA.

Bien mirado, ese estado no es muy apetitoso; pero vos teneis la culpa de continuar en él. Tuvísteis la manía de retiraros á la vida del campo. Viuda de un general, con un título honroso que vos antes habíais heredado, rica, jóven, hermosa, todo os causaba hastío, hasta la cosa más dulce que se conoce, que son las miradas tiernas de los hombres. Así, pues, ¿de qué os quejais? Si yo tuviera derecho para reñiros, os diria...

CONDESA.

Hoy me hallo de buen humor y te permito que me riñas por una sola vez...

LAURA.

Pues bien; os diria, no os incomodeis, que vuestros caprichos nos han sepultado en este escondrijo de la tierra, donde no se ven más que nubes, árboles y fieras... esto es vivir...

CONDESA.

Á lo salvaje. ¿No es verdad?

LAURA.

Yo no me quejo por mí, sino por vos. Desengañaos: nunca viene mal ver sombreros con plumas, casacas con bordadura de seda y espadines dorados; sobre todo, si los que con tales prendas se adornan tienen unos ojos y una figura como aquel Baron, mancebo de los más bizarros que yo he conocido...

CONDESA. (Aparentando indiferencia.)

Baron; no recuerdo...

LAURA.

Yo ayudaré vuestra memoria... Aquel Baron que estuvo á vuestro lado el dia del Córpus, en Madrid, junto á el Salvador, en tanto que pasaba la procesion...

CONDESA.

Sí, me parece que ya... (Ah! el recuerdo de aquellos amores no se aparta de mí un instante; es el único hombre por quien yo me hubiera sacrificado gustosa!..)

LAURA. (Irónicamente.)

Ya debeis haber caido. No es así? Desde entonces no habeis vuelto á ver al Baron, despues de tantas promesas... y eso pudiera seros muy poco grato.

CONDESA. (Amargamente.)

Te equivocas.

LAURA.

Oh!... Sí! Ved, señora, las consecuencias de encerrarnos en este rincon de la provincia de Toledo. (Aún le hace sensacion su memoria.)

CONDESA.

Laura, deja simplezas á un lado y hablemos de otra cosa, ó mejor dicho, pensemos en la manera de inventar algo para que yo no me muera de fastidio.

LAURA. (Dando un suspiro.)

Inventar! Inventar! Si pudiéramos inventar un marido para cada una!

CONDESA.

Soy feliz. Acabo de tener una ocurrencia... original!..

LAURA.

Veamos.

CONDESA.

Llama á mi mayordomo.

LAURA.

Pero, esa ocurrencia?...

CONDESA.

La sabrás; mas antes quiero que se me presente el señor Quincozes. Diríjele á mi presencia.

LAURA.

(Alguna nueva extravagancia.) Obedezco. (Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

LA CONDESA, despues QUINCOZES.

CONDESA. (Se pasea impaciente y despues se mira al espejo.)

Quisiera que el tiempo, en figura de dragon, se presentára ante mi

vista, para despedazarle! Dicen que soy jóven... ¿y de qué me sirve, si tengo aprension de que parezco vieja? Y el que parece una cosa.... lo es. No, no; eso es una sutileza! Yo por lo menos me conservo..... Nada, voy á hacer testamento. Esto me servirá de distraccion. Pero ese mayordomo! (Viéndole entrar.) Ah, vamos!

QUINCOZES.

El cielo guarde á mi señora.

CONDESA.

Salud al ilustre Quincozes.

QUINCOZES. (Con gravedad.)

Salud... buena falta me hace, señora Condesa, porque estoy constipado.

CONDESA. (Riendo.)

Y de eso os quejais? Yo quisiera estar constipada, por salir del estado normal que tanto cansa y fatiga.

QUINCOZES.

Mi señora; la mejor manera, segun Aristóteles, de salir del estado normal, es tomar estado á secas.

CONDESA.

Siempre estais de buen humor. Acepto vuestro consejo y empiezo... por hacer testamento.

QUINCOZES.

Bien pensado! Quereis sustituir con esa operacion la de las moniciones. Me parece oportuno. (Con tono sentencioso.) «Antes que te cases, mira lo que haces,» lo cual quiere decir: antes que te cases, haz testamento!

CONDESA.

Cumpliré vuestro refran.

QUINCOZES. (Fingiendo ternura y contoneándose.)

Feliz mortal, señora, el que llegue á alcanzar de esos lábios de rosicler, una palabra... dulzurante! (Transicion.) Vos buscareis un hombre apañadito... humilde...

CONDESA.

Os enterneceis, Quincozes, y eso sienta mal en un mayordomo. Conque os parece bien lo del testamento?

QUINCOZES.

Si os empeñais...

CONDESA.

Hoy ha de quedar consignada mi última voluntad...

QUINCOZES. (Suplicante.)

No os olvideis, mi señora, de que yo...

CONDESA.

Os guardo una sorprendente recompensa.

QUINCOZES. (Sorprendido.)

(Qué quiere decir?)

CONDESA.

Sois digno de muy alto premio!

QUINCOZES.

(Cáspita! Si esta señora, en un momento de distraccion, se hubiera prendado de mí! Como es tan rara!) Os estoy muy reconocido.

CONDESA.

Quincozes, qué edad teneis?

QUINCOZES.

(Esto pica en historia!) Señora... debo andarme por los años de Cristo... (Ahí me planté!)

CONDESA.

No sois viejo.

QUINCOZES.

Una edad regular. En cuanto que puedo casarme...

CONDESA.

Id á mandar avisar al notario. Que se le lleve mi mejor litera para que no se retarde.

QUINCOZES.

De todos modos... está lejos, tres leguas, hasta dentro de algunas horas...

CONDESA.

Bien. Voy á cuidar mis flores.

QUINCOZES.

Un instante, mi buena señora. (Si yo me atreviera!) Querríais serviros decirme el objeto de las preguntas que me habeis hecho?

CONDESA. (En tono afectado y saliendo.)

(Me divierte!) ¡Ah Quincozes, qué me pedís!..

ESCENA III.

QUINCOZES.

Pues señor, donde menos se piensa!..... Si en vez de huir yo de mi pueblo, porque me amenazaban, como adicto á la causa del Archiduque, hubiera seguido siendo barbero... qué habria adelantado? Haber afeitado ya á todo el género humano, lo cual siempre es una ventaja. En cambio hoy soy mayordomo de una Condesa y acaso, acaso, mañana!.. Esas preguntas á boca de jarro... Quincozes! (Suspirando.) Tú estás encaprichado de tu ama!.. Mas una cosa me atormenta, la memoria de Gervasia; de aquella jóven que me entregó su amor al aplicarla media docena de sanguijuelas! Qué apasionada estaba de mí! Siento pasos. Ya no me acordaba del testamento. Vamos á disponer que llamen al notario.

ESCENA IV.

LAURA.—LA CONDESA.

LAURA.

Mi ama necesita casarse, y lo desea, aunque aparente lo contrario. Está visto que es el único medio de que salgamos de este destierro. Volveré á la carga. (Viéndola salir.) Aquí está.

CONDESA. (De mal humor.)

Laura, mi aburrimiento raya en desesperacion.

LAURA.

Lo creo, señora.

CONDESA.

He pensado hacer testamento... por pasar el rato.

LAURA.

Jesus!...

CONDESA.

Lo que oyes.

LAURA.

Eso es daros por vencida. Vos pensais casaros.

CONDESA.

No, pienso..... morirme de aburrimiento. Yo no me arriesgaría á dar mi mano sino con la garantía de obtener un corazon, y eso es dificil.

LAURA.

Lo que es aquí, como no sea el de algun lobo! (La Condesa dominada por el fastidio coje maquinalmente un libro y lee. Laura se acerca al mirador.) Se oyen pisadas de caballos á la puerta. (Asomándose.) (Son dos viageros...)

CONDESA. (Leyendo alto.)

«El amor es una calentura que...» (Continúa leyendo bajo.)

LAURA. (Al mirador con alegría.)

(Dios mio! Es él! el Baron. No quiero decirla nada. Qué sorpresa!) Señora, un caballero con su criado, que parece que vienen de caza, solicitan descansar. Es un apuesto jóven... (Suena á lo lejos una trompa de caza. Laura se asoma de nuevo al mirador.) Calle! un tropel de cazadores se dirige á la quinta; los primeros ya han entrado...

CONDESA. (Levantándose apresurada para asomarse.)

Anda, vé y dá órden á mis criados, de que reciban á esos señores con la afabilidad que tengo recomendada para estos casos.

LAURA. (Contenta.)

Voy, voy...

CONDESA.

Escucha. Mi posicion es dificil y arriesgada. Sola en esta casa, sin un brazo que me escude... y luego temo... me has dicho que un jóven que ha entrado!..

LAURA.

Es arrogante... (Con malicia.) Y tiene unos ojos!...

CONDESA.

¡Ay, Laura, qué compromiso!

LAURA.

Pues!... Como no teneis un mal marido para estos aprietos!

CONDESA. (Repentinamente y despues de reflexionar un instante.)

Vé, vé, y dí á Quincozes que necesito hablarle al instante; que

vuele á mi presencia como un rayo. En tanto, entreten á esos caballeros, y que pasen á las habitaciones bajas. (Sale Laura.)

ESCENA V.

LA CONDESA.—Luego QUINCOZES.

CONDESA. (Al mirador, regocijada.)

Esta es una invasion. Ya hacia tiempo que no veia tantos galanes juntos! Es gente de buen humor y gallarda! Voy á detenerlos por esta mañana en mi casa, y con mi estratagema podré divertirme á mi sabor. Tendamos una red al primer incauto!..

QUINCOZES. (Saliendo precipitado.)

Señora, asaltan la quinta; mandadme.

CONDESA.

Señor Quincozes, sois discreto? Y prudente? Y reservado?

QUINCOZES.

Reuno las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza!

CONDESA.

Y?.. en fin, me servís.

QUINCOZES. (Inclinándose.)

Ya hace años.

CONDESA.

Digo que me sois útil. Sereis mi marido.

QUINCOZES.

Señora! Yo! Vos!

CONDESA.

Basta de interjecciones! Fingiremos que sois mi esposo el Conde del Surco....

QUINCOZES. (Tristemente.)

Ya! Fingiremos!... Un marido de pega! (No importa. De burlas se vá á veras.)

CONDESA.

Acaban de llegar esos caballeros. Quiero que se me respete, y busco la salvaguardia de un hombre honrado, que sois vos. Quedais

constituido en las dignidades de Conde, General y mi esposo... pero nada más que hasta la tarde... lo entendeis?

QUINCOZES. (Con amargura.)

Es decir que á la noche ya estaré viudo!...

CONDESA.

A la noche... ya me habrá Dios perdonado!

QUINCOZES.

Cómo ha de ser! Algo es algo! Un aforismo de Hipócrates dice: *vita brevis*. Esto querrá decir que duran poco las brevas!

CONDESA.

Para ser un marido de mi gusto, hablareis solo lo preciso, afirmando siempre cuanto yo diga; un sí ó un no oportuno, y nada más.

QUINCOZES.

Perfectamente.

CONDESA.

Otra advertencia. Si por casualidad yo me distragese demasiado... entended bien lo que os quiero decir... si yo me muestro más amable de lo regular con alguno de esos caballeros, avisadme disimuladamente; servid de dique á mis impresiones.

QUINCOZES.

Perded cuidado, señora, yo os contendré.

CONDESA.

Ahora, id á poneros vuestro mejor vestido y pasad á mi retrete al instante. Yo voy á arreglarme tambien; no es cosa de recibir á esos caballeros de cualquier modo. (Salen.)

ESCENA VI.

LAURA.—EL BARON.—GERVASIA, disfrazada de hombre.

LAURA.

Podeis esperar, señor Baron: voy á avisar á mi señora la Condesa, aunque ignoro si estará visible.

BARON.

(Quién la habrá dicho á esta muchacha que soy Baron?)

GERVASIA.

Está bien. Id, que aquí aguardamos mi amo y yo.

LAURA. (Á Gervasia.)

Vuestro nombre?

GERVASIA.

Garcés, á secas: page, ayuda de cámara y escudero de S. E.

LAURA.

(Me gusta el señor Garcés, por lo listo y lo barbilampiño.)

BARON. (Mirando atentamente á Laura.)

(No hay duda, á esta camarera la he visto yo antes de ahora.)

GERVASIA. (Á Laura.)

¡Viva el salero y las niñas retrecheras!..

BARON. (Á Gervasia.)

Hem!...

GERVASIA.

No era nada, señor. Es que esta jóven y yo nos parecemos... en el genio y vamos á ser amigotes.

LAURA.

Corro á anunciaros á la señora. (Entra en las habitaciones de la derecha.)

ESCENA VII.

EL BARON.—GERVASIA.

BARON.

Eso es; entras á saco: observas con demasiada exactitud mis lecciones!

GERVASIA.

Duro en ellas, señor, duro en ellas! Las mujeres son el diablo, se la pegan al más listo!... (Como yo á tí!)

BARON.

Pues á mí, solo tú, á ser mujer, podrias engañarme...

GERVASIA.

No diré que no!

BARON.

Siento no haberte conocido hasta hace poco, porque hubieras corrido conmigo medio mundo!

GERVASIA.

Justo, señor; eso es lo que yo apetezco. Andar mucha tierra, mucha!.. hasta encontrar un alcornoque que voy buscando... (Se me escapó!)

BARON.

Un alcornoque... pronto se encuentra. Vamos, tú buscas una muchacha arregladita con quien casarte, no es esto? pobre incauta la que se fie de tí!

GERVASIA.

Lo que es eso, es verdad; se llevaria un chasco!

BARON.

Pero la Condesa va á salir. Escucha: tendrás muy presentes mis advertencias de costumbre. Soy Baron, pero nadie ha de saber de qué... Diablo! si llegára á noticia de mi padre, era hombre perdido! Caballero de Santiago, esta cruz lo díce; pero... célibe recalcitrante!... ja!... já!... já!...

GERVASIA.

Y yo, como vos me teneis dicho, hermano lego de la órden; pero no renuncio por nada en el mundo á casarme; no quiero parecerme á vos..

BARON.

Yo tampoco niego las ventajas del matrimonio; pero le temo. Esa camarera me parece que no me es desconocida, y esa Condesa!.. Silencio! mis amigos se acercan.

ESCENA VIII.

EL BARON, GERVASIA, coro de cazadores. Despues la CONDESA, QUINCOCES, LAURA.

CORO.

En descansando
vamos al coto,
que el verde soto
brindando está,
y de la corza

al alarido
suene perdido
el eco... Ahí vá!..
Ahí va!

BARON. (Con entusiasmo.)

Ahí vá!
Toda mi sangre
arde en deseo,
y en el ojeo
me creo ya;
y tras la corza
que se extravía,
ya mi jauría
volando vá!
Ahí vá!

CORO.

Ahí vá!

BARON.

Caballeros, pensemos antes en cumplir con la Condesa, la cual vá á salir. Cuidado con prendarse de ella. Dicen que es muy hermosa!

LAURA. (Saliendo y señalando á la Condesa y á Quincozes.)

Mi señora la Condesa,
y su esposo el General.

CONDESA. (Fijándose en el Baron.)

(¡El Baron! estoy turbada!
Quién habia de pensar!)

BARON. (Id. en la Condesa.)

(¡Era ella! y con marido!
¡Oh semilla pertinaz!)

CONDESA.

(¡Traidor! perjuro!
no haya piedad!

hoy en mi lazo
se enredará!)

BARON.

(Casada, oh cielos!
cierto es mi mal!
mis invenciones
de sobra están!)

QUINCOZES. (Mirando enojado al Baron.)

(Ya lo comprendo!
este es un truhan,
que me la quiere
catequizar!)

GERVASIA. (Fija en Quincozes.)

(¡El és! no hay duda:
¡qué atrocidad!
ayer barbero
y hoy General!)

LAURA. (Mirando al Baron sonriendo irónicamente.)

(Pobre Quincozes,
qué orondo estás,
mas ya de misas
te lo dirán!)

CORO.

(¡Baron!... Baron!...
á dónde vas?
vé que el marido
alerta está!)

GERVASIA. (Con rabia.)

(Ese Conde... es un embuste,
no me engaño!... es Sebastian!)

BARON. (Á la Condesa.)

Soy Baron... cruz de Santiago...

GERVASIA. (Interrumpiéndole.)

Y no se puede casar,
pues con la cruz que hay en casa
no necesitamos más.

BARON.

Soy caballero profeso...

CONDESA. (Amargamente.)

(¡No hay peligro en enviudar!)
Podeis, Baron, si os place,
con franca libertad,
vos y estos caballeros
tranquilos reposar.

QUINCOZES. (Al Baron.)

Dice bien la Condesa:
la caza está demas,
cuando se encuentra un plato,
cual se os ofrece acá,
donde tranquilamente,
podreis, Baron, cazar.

BARON.

Expléndida Condesa,
estimo por demas
que á mi y á mis amigos
nos dé hospitalidad.

(Al Coro.)

Ofrenda tan solícita
debemos aceptar...

BARON y CORO.

Gracias, noble Condesa,
por la hospitalidad.

QUINCOZES. (Mirando de reojo á Gervasia asustado.)

(Por más que pienso y pienso
me turbo más y más...
la cara de este page
no es suya, voto á san!)

BARON.

Prepara el niño ciego
agudas flechas,
cuidado no os las clave
que son certeras:

tened cuidado
no seais, cazadores,
aqui cazados!

CONDESA y LAURA.

Sabed si vais al monte
desprevenidos,
que suele haber abrojos
entre el tomillo.
Mucho cuidado,
no seais, cazadores ,
aqui cazados!

QUINCOZES.

Aquí se crian fieras
de tal calaña,
que á los barones, todos,
los despedazan.
Será un milagro
si salís de estos bosques
sanos y salvos!

GERVASIA.

(Feliz si yo pellizco
á Su Excelencia;
quién se fia en barberos!
malditos sean!
Será un milagro
que no pase de Conde
á condenado!)

CORO.

Alerta, compañeros,
vivid alerta,
que tiene el monte abrojos
y el bosque fieras.
Nuestros cuidados
disipen los temores
de ser cazados!

CONDESA. (A Laura.)

Supongo que habrás mandado disponer un refrigerio para estos señores? Si gustais, señor Baron, podeis pasar con vuestros amigos...

QUINCOZES.

Eso es; vuestros amigos... y vos... si gustais... Señor Baron...... pueden...

BARON.

Aceptamos vuestros obsequios. Id, compañeros, y en breve me reuniré con vosotros. (A la Condesa y á Quincozes.) Antes os haré un momento compañía, si no os molesto.

CONDESA.

Con mil amores.

QUINCOZES.

Sí, con mil... (con mil demonios que te lleven! (Mirando á Gervasia.) Cáspita, y qué fosco me mira el criado del Baron!... Esa cara... vamos, es imposible!...)

(Salen Laura y los Cazadores; Gervasia los sigue quedándose un momento mirando de hito en hito á Quincozes, que la vá á volver á mirar y al advertir que ella le observa, vuelve la vista.)

GERVASIA.

(Conque Conde, eh? Y General? Aquí hay trampa! Traidor, no te perderé de vista!)

ESCENA IX.

EL BARON.—LA CONDESA.—QUINCOZES.

BARON.

Confieso, señora Condesa, que no me habian exagerado nada al encarecerme vuestra amabilidad. (Este marido me inspira confianza, parece bonachon.)

CONDESA.

Confieso yo á mi vez, que poco acostumbrada á ver honrada m quinta, como lo está hoy, no ha dejado de sorprenderme vuestra visita.

BARON.

Yo tambien me hallo sorprendido en esta morada, cuya magnificencia me demuestra que aun en la soledad del campo, se encuentran palacios en vez de chozas; (Mirando á Quincozes y recalcando las palabras.) y muebles, como algunos de los que ahora miro, cuyo uso parece innecesario, y que sin embargo tienen aquí un preferente lugar.

CONDESA.

Donoso estais, Baron!

BARON.

(Pérfida! la voy á comprometer!) Condesa, me parece que yo he tenido el honor de veros antes de ahora...

CONDESA.

Yo tambien recuerdo vuestra fisonomía...

BARON.

Un dia del Córpus...

CONDESA.

Sí, yendo yo con mi esposo... Vos no recordareis, General?...

QUINCOZES.

Oh! no, no!

CONDESA.

Me parece que cruzamos algunas palabras, por yo no sé qué incidente...

BARON.

No recordais, General?

CONDESA.

El General padece algo de la memoria.

QUINCOZES. (Llevándose el dedo pulgar de la mano derecha á los lábios.)

Ni esto!

CONDESA.

(Voy á hacer á sus ojos un mal papel.)

BARON.

Tengo presente que aquel dia estábais muy hermosa!

QUINCOZES.

(Esto se vá poniendo feo!)

BARON.

Os lo dije, y vos me dirigísteis una dulce sonrisa..

CONDESA. (Con coqueteria.)

Es verdad!

BARON.

Y me parece que yo añadí: Ah! Condesa, sois un ángel!. .

CONDESA.

Teneis una memoria, Baron, felicísima!...

QUINCOZES. (Impaciente y tirando suavemente del vestido á la Condesa.)

(Señora, que os escurris!)

CONDESA. (De mal humor.)

(Dejadme!) Decíais, Baron...

BARON. (Animándose.)

Decia que hay momentos en la vida, que hay impresiones, señora, que no basta á borrar la inmensidad del tiempo, pues con ellas nos remontamos al cielo de la dicha!

CONDESA. (Satisfecha.)

Seguid... Seguid!...

QUINCOZES.

(Anda! cómo se elevan! (Dando otro tiron á la Condesa.) Señora, que os estrellais!)

BARON.

Feliz el mortal que encuentra unos lábios que mantengan su esperanza!

CONDESA.

Buscándolos... los hallaríais.

BARON.

Tal vez no. Desde hoy desconfio de mi suerte!

CONDESA.

No desconfieis...

QUINCOZES. (Violento.)

(Ya escampa!)

CONDESA.

(Las apariencias engañan!...)

BARON. (Con creciente animacion.)

(Despues de haberme ofendido!...)

CONDESA.

(Os engañais, vive Dios!)

BARON.

(Teneis valor de negarme?...)

CONDESA.

(Vaya si tengo valor!)

QUINCOZES.

(Cómo charlan por lo bájo!...
Quincozes, esto es atroz!
Yo pondré el grito en las nubes...)
(Vuelve á tirar del vestido á la Condesa.)

BARON.

(¡Qué perfidia!...)

CONDESA. (Sin atender á Quincozes.)

(¡Qué dolor!
Ocultarle lo que siento,
es tener mal corazon!)

BARON.

(Dadme, señora, una prueba
de que consecuente sois...)

CONDESA.

(Una prueba?... la tendreis...)

QUINCOZES. (Resuelto.)

(Voy á darla otro tiron!...
(Lo hace.)
Señora, tanta blandura
compromete vuestro honor;
ese mozo es muy taimado,
y os está dando jabon!...)

CONDESA. (Irritada.)

(Qué imprudente mayordomo!
Uf!... qué arrepentida estoy!...
(Á Quincozes.)
Callad con doscientos diablos!)
Proseguid... Señor Baron.

BARON. (Con sentimiento.)

Rendido al niño ciego,
mi sosiego
huir contemplo yá:
de amor á la privanza
mi esperanza
es humo que se vá!
(Triste de mí!
¿por qué te amé?
si pierdo aqui
cuanto soñé!)

CONDESA.

Entre riscos y flores,
mis dolores,
yo quise mitigar;
paz busqué en mi retiro
y hoy suspiro,
pues no la pude hallar!
(Fuera mejor
no conocer,
el dulce amor
que he de perder!)

(La Condesa y el Baron se miran apasionadamente, y hablan por lo bajo con calor.)

QUINCOZES.

(La danza va en aumento:
yo presiento,
que el víctima he de ser.
Está hecha una jalea
y él babea!...
voy á echar á correr!...
(Reflexionando.)
Mas con marchar
la hago traicion.
(Con energía risible.)
Debo empuñar
aquí, el timon!)

BARON. (Con fuego.)

La luz que se dilata

por esa vega...
la tortolilla grata
que á el alma llega!...

QUINCOZES (Á la Condesa.)

(Todo eso es patarata;
porque os la pega!)

BARON.

El Tajo, do se mira
la opaca luna,
el viento que suspira
en la laguna!...

QUINCOZES. (Idem.)

(Jesús, cuánta mentira!
cuánta tontuna!)

BARON.

(Ante tu vista son
encantos que la mente no soñó!
con tu ausencia serán)
noche de duelo, sombra de pesar! ..)

CONDESA.

La estrella que reluce
entre las hojas,
el sol que reproduce
sus tintas rojas!...

QUINCOZES.

(Ay, ella le seduce;
siento congojas!)

CONDESA.

Las perlas del rocío
de la alborada,
del ruiseñor el pio
en la enramada!

QUINCOZES. (Volviendo á tirar del vestido á la Condesa y en aptitud suplicante.)

(Advertid, dueño mio,
que sois casada!)

CONDESA. (Sin hacer caso de Quincozes.)

(Con tu presencia son
encantos que la mente adivinó;
con tu ausencia serán
noche de duelo, sombra de pesar!)

QUINCOZES.

(Señor, señor, señor!
igualo yo en paciencia al mismo Job!
pero esto, ¡voto vá!
es un anzuelo duro de tragar!)

—

BARON.

(Esa ternura,
esa pasion,
han conmovido
mi corazon!
Tanta falacía
no puede haber!
Yo no sé qué pensar,
ni acierto á comprender!..)

CONDESA.

(Tanta ternura,
tanta pasion,
solo han nacido
del corazon:
porque falacia
no puede haber,
en quien logra alcanzar
sentir y conmover!)

QUINCOZES.

(Me se figura,
que á este Baron,
le he prevenido
la colocacion!
Pues cayó en gracia,
llego á creer,
que yo vine á guisar
lo que él ha de comer!)

BARON.

(Me ahoga la duda; ese marido va á echar aquí raices!)

QUINCOZES.

(La cosa va para largo; sentémonos.) (Lo hace.)

CONDESA.

(Qué grosería! este mayordomo es un cafre!)

BARON.

(No lo dige!) (Á la Condesa.) Advierto que el nobilísimo Conde no toma parte en nuestra plática.

CONDESA.

Yo os diré: el Conde padece de distracciones.

QUINCOZES.

(Mucho voy padeciendo!) Eso es; nunca se sabe á punto fijo en lo que pienso.

BARON.

(Si pudiera hablar á solas con ella? Probemos.)

QUINCOZES.

(Cuándo se irá?)

BARON. (Asomándose al mirador.)

Magnífico espectáculo ofrece este mirador. Esta mansion es deliciosa!

QUINCOZES.

Pues si viérais las afueras! Esta quinta mirada de lejos!... (Ahí va esa!)

CONDESA.

Oh! mi parque os encantaria! Si quereis recorrerle, yo me ofrezco á acompañaros.

BARON.

(Magnífico!) Señora, tanto honor!...

QUINCOZES.

Permitid, esposa; un paseo á estas horas con el calorcillo que se descuelga!

CONDESA. (Hace señas á Quincozes para que calle y se quede. — Al Baron.)

Vamos?

BARON. (Á Quincozes.)

Con permiso vuestro ofrezco mi brazo á la Condesa...

QUINCOZES.

Con mucho gusto!

CONDESA. (Á Quincozes.)

(Estais muy impertinente.) Con vuestro permiso voy á enseñarle al Baron...

QUINCOZES.

Sí, á enseñarle!... (Amostazado.) Con mucho gusto! (Que yo sufra esto!) Con mucho gusto!

(Salen haciendo saludos á Quincozes, á los cuales él contesta con gestos de disgusto.)

ESCENA X.

QUINCOZES.—LAURA.—Luego GERVASIA.

QUINCOZES.

Yo bramo!... Se va con él á dar un paseito!... permita Dios que les dé un tabardillo!!... Quién es?

LAURA. (Irónicamente.)

Servidora de Vuecelencia!

QUINCOZES. (Erguido.)

Qué se ofrece?

LAURA.

Perdonad, señor, yo... vamos, me he cortado, porque como no estoy acostumbrada á tratar con estos Condes, ó estos calabazas!..

QUINCOZES.

Niña, niña!

LAURA.

Estais inflado como un pavo; teneis la gravedad de ciertos cuadrúpedos!.. pues sabed que no se ha hecho la miel para la boca del....

QUINCOZES. (Con gravedad cómica.)

Basta de historia natural!

LAURA.

Sí, vamos al asunto; sabed, señor General, que los cazadores todavía no han probado bocado, por lo cual venía á pediros... las llaves de la despensa...

QUINCOZES.

Pues, para que me dejen sin cabellos de ángel!... no señor! (Entra Gervasia sin ser vista, ocultándose en una de las puertas de la derecha.)

LAURA.

Dadme las llaves, ó venid vos mismo á...

GERVASIA.

(Qué escucho!)

QUINCOZES.

Yo descender á la despensa! ni por pienso!

LAURA. (Maliciosamente.)

Por pienso... ya iríais, porque la cebada bien os ha engordado!...

QUINCOZES.

Esa es una calumnia! Ahí están mis cuentas; todo el mundo sabe que la paja anda por las nubes... yo no me he comido nada!...

LAURA.

Señor General, venid, venid, que se va á dar una batalla... (Burándose.) en la despensa!

ESCENA XI.

QUINCOZES.—GERVASIA.

QUINCOZES.

Será preciso que mis dignidades desciendan á la despensa. Qué remedio tiene! En cuestiones de estómago, á todas las dignidades les sucede lo mismo! (Va á salir y le detiene Gervasia.)

GERVASIA.

Con vuestro permiso.

QUINCOZES. (Con tono hinchado.)

(Qué querrá este mocito?) Decid, porque estoy gravemente ocupado.

GERVASIA. (Enfáticamente.)

Ah! Señor Quin... Conde, qué variado estais!...

QUINCOZES. (Mirándola de reojo.)

(Cáspita, sabe mi apellido! Pero, Señor, dónde habrá buscado este jóven prestada esa cara?)

GERVASIA.

Quién habia de decir que...?

QUINCOZES.

Acabemos: qué me quereis?

GERVASIA.

Quiero hablar con V. S. de cosas... atrasadas; pero no me mireis con esos ojos.

QUINCOZES.

Pues con cuáles os he de mirar? (Esa voz!) Tengo otros acaso?..

GERVASIA.

No seria extraño que tuviera otros ojos quien tiene dos caras!

QUINCOZES.

(Es Gervasia, Dios mio!) Sois un atrevido!...

GERVASIA.

Gracias, señor don Sebastian!

QUINCOZES.

(Ella es! me ha dicho don Sebastian!) Explicaos: quién os ha dicho que yo me llamo don Sebastian?..

GERVASIA.

Sí, sí, sois don Sebastian, y sin duda os habeis olvidado de que cuando yo os conocí andábais en cueros vivos, como vuestro santo.

QUINCOZES.

(La reconozco! por el aire, por el gesto y sobre todo... por esos datos de verano!..) (Reponiéndose) Señor page, qué disparates estais diciendo?.. os desprecio!.. y me escurro!..

GERVASIA. (Alzando la voz.)

Idos; pero yo diré á todo el mundo que no sois General sino un simple particular; que engañásteis, años hace, á una jóven; que...

QUINCOZES. (Volviendo asustado.)

No grites por las once mil Vírgenes!.. Mas tú!.. una voz secreta me lo revela, sí, eres Gervasia!..

GERVASIA.

No; soy su primo!

QUINCOZES.

(Mejor era que me hubiera salido un divieso que no un primo!)

Bien, primito, qué deseas? La quise, pero he mudado de posicion, me atrapó la Condesa y...

GERVASIA.

Quiero que te cases con ella.

QUINCOZES.

Pero, adorado primo, si ya te he dicho que estoy enganchado!..

GERVASIA. (Con rábia y dando voces.)

Te niegas? Bueno. Divulgaré que eres traidor al rey Felipe!.. Te delataré y te echarán á galeras!.. Adios!

QUINCOZES.

Tente! no irás,
primo cruel,
oye á razones,
por vida de!...

GERVASIA.

Del Archiduque
juraste ser;
mas hoy descubro
todo el pastel!

QUINCOZES.

Soy inocente!

GERVASIA.

Mientes!

QUINCOZES.

Sí á fé!
«Dá, pero escucha!...»
que dijo aquel!

(Con afectacion cómica.)

Rasura que te rasura
mis verdes años pasé,
y á un tiempo que á mi parroquia
yo me afeitaba tambien.
Las barbas del populacho
no daban para comer,

así es que me dige un dia,
de aquellos en que ayuné;
tu navaja, Sebastian,
digna es de afeitar á un rey,
se presenta un Archiduque!...
arma en mano y duro en él!
por amor al soberano!..
(Con misterio.)
me comprendes!...

GERVASIA.

Ya se vé!
Quisiste hacerle la barba!
era un plan de Lucifer!
Suspira que te suspira,
por tí suspiraba fiel,
la pobre infeliz que aun siente
el rigor de tu desden.
Pelabas al vecindario
con auxilio de una nuez,
y al sacar tú la navaja,
ya lloraba de placer.
Pero dejaste á tu novia
haciendo muy mal papel,
y ha llegado ya el instante
de pagarlas de una vez!

QUINCOZES. (Balbuciente.)

Ten piedad, que yo la quiero,
yo tu primo quiero ser,
su recuerdo me emborracha,
y su amor me sabe á miel!

GERVASIA. (Con júbilo.)

Será verdad!
Cielos, que oí!
(Abriéndole los brazos.)
Yo soy Gervasia!

QUINCOZES. (De mal gesto.)

Topo de mí!

GERVASIA.

Si no me ofreces
matrimoniar,
todo, al momento,
lo he de contar!..

QUINCOZES.

Máxima culpa!..
(La engañaré!)
Calla y soy tuyo!..
(Arrodillándose.)

GERVASIA. (Solemnemente.)

Levántate!

QUINCOZES.

Viva, viva el amor!
siempre!
sí, sí, si!
Vaya si te conservas!
ven hácia mí!
(Viniendo hácia Gervasia.)
No sucumba el amor!
nunca!
no, no, no!
Mira cómo retoza
mi corazon!

GERVASIA.

Viva, viva el amor!
siempre!
sí, si, si!
Vaya si estás buen mozo!
voy hácia tí!
(Yendo hácia Quincozes.)
No sucumba el amor!
nunca!
no, no, no!
Ay! como se desboca
mi corazon!

GERVASIA.

Con que?...

QUINCOZES.

Que si te quiero?..... hasta la tumba! (Malo va esto!) siento pasos... (Serán ellos!) salgamos!

GERVASIA.

Pero...

QUINCOZES. (Huyendo.)

Vamos!

GERVASIA. (Siguiéndole apresurada.)

La soga tras el caldero.

ESCENA XIV.

LA CONDESA.—EL BARON.

(Entran del brazo y conversando animadamente, por el lado opuesto al por que salen Quincozes y Gervasia.)

CONDESA.

Amigo mio, hay paseos que sofocan!

BARON.

(Esto marcha!)

CONDESA.

Pero donde estará mi esposo?

BARON.

Seguirá distraido!..

CONDESA.

Baron, habladme de algo nuevo, pero que sea espiritual!...

BARON.

Lo que os quiero decir, seria criminal, si yo no hubiera formado el irrevocable proyecto de abandonar vuestra casa dentro de breves instantes.

CONDESA. (Impaciente.)

(A que le dejo escapar?) Os escucho impresionada!...

BARON. (Con interes.)

Será verdad? acaso, vos, señora?... pero no, soy un insensato, un niño que se recrea en fingirse montañas de espuma, para verlas deshechas en el aire!

CONDESA.

Hablad! Cuando os escito á que me hagais depositaria de vuestros pensamientos, ¿no concebís que pueda haber una razon que disculpe mi conducta?

BARON.

Os creo, Condesa, os creo y os amo!

CONDESA. (Con entusiasmo.)

Cómo! me amais?

BARON.

Sí, sí, con pasion frenética, delirante!...

CONDESA.

Será cierto? Baron, yo tambien...

BARON.

Qué escucho? No es un sueño? Ah! señora, mi dicha está pendiente de vuestros lábios!

CONDESA. (Turbada.)

Yo no puedo decir más... que me conmoveis!

BARON.

Condesa! la ventura no puede pintarse, cuando se alcanza tan inesperadamente!

CONDESA. (Con zozobra.)

(Esto no tiene nada de particular, y sin embargo, yo estoy azorada!) (Variando de tono.) Baron, Baron, tomais las cosas muy á pechos!

BARON. (Asiéndola la mano que ella finge querer retirar.)

No, no, vos no podeis ser ingrata! Yo os amo!

CONDESA.

Dios mio! qué os ha dado? soltad.

BARON. (Apasionadamente.)

Es inútil! yo os adoro! (La besa la mano.)

CONDESA.

(Huyamos! firmeza hasta el fin!) (Se desase del Baron y sale precipitadamente.)

ESCENA XV.

EL BARON.—GERVASIA.

BARON.

Huye! se confiesa vencida! Mujer encantadora, yo estoy loco por tí; yo voy á casarme contigo!... Pero señor, qué estoy diciendo? Olvidas, desventurado, que todavia hay maridos en el mundo? Reniego una y mil veces de ese matrimonio! y del Conde y de mí mismo!..... Esta mujer me hubiera hecho feliz! No puedo respirar, yo necesito aire! aire!... (Se dirige al mirador, y entra Gervasia precipitadamente, sin verle.)

GERVASIA.

Esto no puede seguir así! Sí, señor, quiero que sepa todo el mundo la verdad! Yo deseo ver á mi amo!.. soy muy desdichada!

BARON.

Qué dice ese muchacho? si se habrá vuelto loco?

GERVASIA. (Viendo al Baron.)

Ah! Señor, esto va mal, muy mal!

BARON.

Bien, y qué es eso?

GERVASIA.

Es... lo que no es!

BARON.

Enterado.

GERVASIA. (Sentimental.)

Ved si tengo razon para quejarme: despues de andar algunos años, como qnien dice á salto de mata, para que ese barberillo cumpliera como es debido, casándose conmigo...

BARON. (Dando un salto de sorpresa.)

Muchacho, tú no estás en tu juicio!

GERVASIA.

Qué muchacho, ni qué berengenas, si yo no soy él!..

BARON.

No eres él? Pues quién eres?

GERVASIA (Tímidamente.)

Soy ella.

BARON. (Confuso y riéndose.)

Dice que es ella!... ella!...

GERVASIA.

Soy mujer, señor, no lo dudeis, si no que ya se vé: yo le queria y le dí pruebas de afecto; él me dijo que nos casaríamos más adelante; yo esperé, él tomó las de Villadiego; yo me fingí hombre para buscarle con más desahogo... me dijeron que estaba aquí... y aquí se halla; pero con muchos humos, señor!

BARON.

El diablo que te entienda! Quién es él? Quién eres tú? Quién sois los dos?

GERVASIA.

No os enojeis!.. yo, soy Gervasia; él Quincozes, mi novio; mayordomo de la Condesa y que ella ha hecho que se finja su marido para... qué se yó para qué!

BARON.

Cielos! Será cierto? Garcés, digo, Gervasia, digo... Es decir que me has engañado como á un chino? Y que la Condesa?.. qué felicidad!

GERVASIA.

La Condesa, señor, os ha hecho ver lo blanco negro! A vos y á mí nos la han pegado! Esto pide venganza!

BARON. (Pensativo.)

Sí, venganza! Si yo hallara modo de...

GERVASIA.

Lo malo es que yo le conté á la camarera nuestra farsa, y tal vez ya lo sabrá la Condesa!..

BARON. (Con repentina alegria.)

Tú!.. me has perdido! Mas no, no me has perdido; qué rayo de luz!.. dame un abrazo; otro. (Se los dá.) Nos hemos salvado!

GERVASIA.

Yo me salvaré en arañando á Quincozes!

BARON.

Antes vamos á hacer creer á la Condesa que tú eres mi muger.

GERVASIA. (Con júbilo.)

Qué decís?

BARON.

Soy dado á la caza; mi esposa tambien, y me acompaña vestida de hombre, por cualquier razon, porque á los dos nos da la gana... Tú has notado que la Condesa está demasiado tierna conmigo! eh? Como eres mi muger, tienes celos, la das cuatro gritos!

GERVASIA.

Qué risa! Quincozes rabiará; tendrá envidia; magnífico! Ay! si fuera esto verdad!

BARON.

Nada; ya sabes lo que has de hacer...

GERVASIA. (Irguiéndose y en actitud grave.)

Incomodarme mucho, y darme mucha importancia!..

BARON.

Eso, eso! Ay, Gervasia, qué dote te vas á ganar! Por el pronto venga otro abrazo y apretado!

GERVASIA.

Vaya, con Garcés no estábais tan fino! Basta, que vienen!

(Aparece la Condesa.)

BARON.

(Ella! Me ha visto abrazar á esa muchacha! Que rabie!)

ESCENA XVI.

GERVASIA.—LA CONDESA.

CONDESA.

(Se aleja de mi presencia; me teme ó mejor dicho, se teme á sí mismo!) Algun buen servicio debes haber prestado á tu amo, porque le he visto abrazarte satisfecho!

GERVASIA. (Con énfasis.)

Caprichos, señora!

CONDESA.

(Desenvuelto es el page!) Sabes que no ignoro que el baron y tú me habeis engañado?

GERVASIA.

Lo presumia.

CONDESA.

No comprendo la razon.

GERVASIA.

Pronto la sabreis.

CONDESA.

Es decir, que esos votos, á que se fingia ligado tu amo, eran una farsa? No lo niegues!

GERVASIA.

Al contrario; os aseguro que estais bien informada: el Baron ha podido casarse, tanto que!..

CONDESA.

Acaba!..

GERVASIA.

Se ha casado.

CONDESA. (Irritada.)

Eso es falso!

GERVASIA.

Se ha casado, señora! y yo no os he dado derecho para que me desmintais así, como si yo no fuera quien soy!..

CONDESA.

(Qué dice? Casado el Baron! si esto no fuera una trama indigna.)

GERVASIA. (Irónicamente.)

Veo que os ha hecho cosquillas la noticia; no me extraña!.. pero lo que me sorprende es que (Alzando la voz con altanería.) vos hayais dado oidos á las palabras de un hombre... de propiedad particular, ¡eso es inmoral! absurdo y... (no hallo una cosa fuerte,) y... espasmódico!

CONDESA.

Já! já! tú deliras! Eres un criadillo patrañero y!..

GERVASIA.

No tal. Soy... ella! He adoptado este disfraz porque... porque nos dá la gana! en fin: ¿cómo queríais que el Baron me abrazára si yo no fuera su....

CONDESA.

Dios mio! Es verdad; tiene trazas de mujer..... ahora que reparo!..

GERVASIA.

Tengo trazas, y hechos!

CONDESA.

Cómo, vos?...

GERVASIA.

Soy la esposa del Baron, y os quiero pedir cuentas de vuestro proceder!...

CONDESA.

Os chanceais! (Sí, sí, es mujer! Esto me faltaba!) Perdonadme, (Con aire burlon.) Baronesa... varonil!

GERVASIA.

Hacer la rueda á un casado, teniendo en casa un marido jóven, y buen mozo!..

CONDESA.

Basta! vuestro esposo es un villano! Me ha engañado! Lleváosle; yo os le regalo!

GERVASIA.

Muchas gracias. Qué expléndida es esta señora! Dá lo que no tiene!

CONDESA.

(Hombre inícuo!) Decíais!..

GERVASIA.

No digo nada; pero debo deciros que estoy celosa!

CONDESA. (Con desprecio.)

Buen provecho os haga! (Qué trazas de Baronesa; y él hacia burla de Quincozes!) Si os habeis picado, me parece prudente que os retireis de mi casa!..

GERVASIA.

Eso es despedirme!

CONDESA.

Pues; despejar la incógnita! (Voy á interrogar á Laura y á Quincozes: si no, va á haber aqui otra de San Quintin!) (Á Gervasia.) Lo dicho, dicho!

ESCENA XVII.

GERVASIA.—EL BARON.

GERVASIA.

Esto se llama dar al maestro cuchillada! Mi amo es un sábio.

BARON.

Gracias.

GERVASIA.

Ay señor! qué irritada se ha puesto la Condesa, parecia que iba á rabiar.

BARON.

Lo he oido todo... sentiría que esta chanza tuviera consecuencias desagradables!

GERVASIA.

Cá! no lo creais; estoy segura de que la Condesa se pirra ahora por vos; sin embargo, advertid que si os encuentra, os pellizca; ese es un síntoma del amor!...

BARON.

He sido profeso; ahora soy casado, con que no me extrañaría verme hecho un cardenal!... Anda, anda, quiero hablarla, puede salir y me estorbas.

GERVASIA.

(Ahora para no comprometerme enteraré á Laura.) (Sale por el fondo.)

ESCENA XVIII.

EL BARON.—LA CONDESA.

BARON.

Y por qué he de ser pacato? Firmeza! Ella es.

CONDESA. (Con sorpresa de disgusto, y en ademan de irse.)

Ah!

BARON.

Huís de mí?

CONDESA.

Yo no debo dirigiros la palabra; me habeis ofendido cruelmente; habeis faltado á los respetos que se deben á una dama!...

BARON. (Irónicamente.)

No os comprendo!

CONDESA.

Cómo! Ignorais que aquí, hace un instante, he descubierto vuestra perfidia?

BARON.

Me habrán calumniado, Condesa... yo os amo!

CONDESA.

Basta! seria un crímen escucharos; idos, yo os perdono!

BARON.

Decidme antes el delito que he cometido.

CONDESA. (Inquieta y queriendo salir.)

Sois un infame! vuestra esposa os dirá lo demás...

BARON. (Con falsa extrañeza.)

Ah, sabíais!... Pero Condesa, vamos á ver, (Alegremente.) qué tiene eso de extraordinario?

CONDESA. (Con mezcla de cólera y sentimiento.)

Con que no es una cosa extraordinaria casarse? (Malvado!)

BARON.

No parece si no que vos no sois casada!

CONDESA.

Yo estoy casada, así... sin malicia!

BARON.

Y yo tambien, señora... yo... inocentemente!

CONDESA.

(Me desespera!) No tengo paciencia para oiros, salid!

BARON. (Con aplomo.)

Condesa, no me marcho. Para justificar mi conducta acaso tendré razones especiales, y reservadas como vos; dadme la mano y quedemos amigos.

CONDESA.

Nunca!

BARON.

Veis que vuesta indiferencia me costaría la vida? (Queriéndola asir la mano.)

CONDESA. (Furiosa.)

Qué me importa que os murais? Apartaos ó doy voces!

BARON. (Insistiendo en tomarla la mano.)

No, no, yo he nacido para padecer por vos!

CONDESA.

Qué escándalo! Hola! á mí; Laura, Conde!.. (Aquí me descubro y le anonado!)

ESCENA XIX.

LA CONDESA.—EL BARON.—QUINCOZES.

QUINCOZES. (Saliendo presuroso.)

Qué es esto? Qué sucede? (Tiró el diablo de la manta!)

CONDESA.

Este caballero me ha faltado al respeto!

QUINCOZES.

Qué oigo!... Nos faltais. . pues nos sobrais!

BARON. (Indicándole que salga.)

No hay que escandalizar; vos teneis espada; yo tambien; escuso deciros más!

QUINCOZES.

Caballero, eso es harina de otro costal! yo he querido decir que os vayais solo, solito... y para eso no hay necesidad de espadas!

CONDESA.

El Baron, señor Conde, nos engaña: es casado y trae á su señora disfrazada de page.

QUINCOZES. (Trémulo y balbuciente.)

Qué escucho? Será tal vez un page... femenino que se llama Gervasia?

BARON.

Pues, la Baronesa, mi señora!

CONDESA. (Con profunda ironía.)

Muy señora mia y dueña!

QUINCOZES. (Sollozando.)

Ay santos cielos! Qué desgracia! Quién lo habia de pensar! yo me pongo malo!

CONDESA.

Qué es lo que dice este hombre? otro enredo!

QUINCOZES.

Que ella! que yo!.. yo fallezco!

BARON.

Vuestro esposo chochea, delira, ó es tonto!

CONDESA.

No más ridículo! Este hombre es mi mayordomo, á quien en mal hora hice que se fingiera mi marido!

QUINCOZES.

(Me lucí! Ahora me quedo sin la chica y sin la grande!)

BARON.

Lo sabia, señora, pero he querido respetar vuestras intenciones...

CONDESA.

Estábais enterado? (Que quiere decir esto?) La mia era una mentira leve, pero vuestro lazo!..

BARON.

(Acabará en nudo, segun creo!) Mi lazo!..

ESCENA XX.

LA CONDESA —EL BARON.—QUINCOZES.—LAURA.

LAURA.

Señora, los cazadores se acercan á despedirse de vos.

CONDESA.

Tan pronto!

LAURA.

Gervasia... la aventurera, dice que quiere tener el honor de hablaros...

CONDESA.

Trata con más respeto á la esposa del señor Baron!

LAURA.

No lo creais? no es casado, que lo diga S. E.

CONDESA.

(¡Dios mio!)

BARON.

Condesa, tropecé... y caí!

CONDESA. (Satisfecha.)

Caísteis en la red!

BARON.

Sí, pero es de flores!

QUINCOZES.

(Bonito papel!)

LAURA.

Tambien ha llegado el notario.

BARON.

Que aguarde.

CONDESA. (Á Laura.)

Conduce aquí á esos caballeros. Que venga Gervasia: que todos participen de mi júbilo!

(Laura se dirige á la puerta y aparece el Coro y Gervasia.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—GERVASIA.—CORO.

BARON. (Á Gervasia.)

Te contentas con dos mil duros de dote, y con ponerte á la sombra de aquel árbol de que me hablaste?

GERVASIA.

Señor!...

BARON. (Señalando á Quincozes.)

Pues ahí le tienes.

GERVASIA. (Á Quincozes.)

Ya cayó la benda;
te atrapé, alcornoque!

QUINCOZES.

Vaya, no comiences,
á ponerme motes!

(Al público.)

El matrimonio
es un telar,
que hace el demonio
por enredar.
Mas yo la emprendo
con Belcebú,
si es que aplaudiendo
me animas tú!

TODOS. (Idem.)

Hunde las tramas
de Lucifer,
y haz que se salve
hoy esta RED!

FIN.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 5 de Enero de 1861.

El Censor de Teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Moro, Puerta del Sol.
Durán, calle de la Victoria.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.